



LA REVISTA CATOLICA.

PERIÓDICO FILOSÓFICO, HISTÓRICO Y LITERARIO.

Non vincit nisi veritas: victoria veritatis est Caritas.

La verdad es la que vence: la caridad es el triunfo de la verdad.

San Agustin. Sermón 358.

SUMARIO.

Nuevas calumnias contra el clero.—Contestacion provocada.—Posesiones diabólicas.—Correspondencia.—Id. de San Felipe.

Nuevas calumnias contra el clero.

Los temerarios detractores del clero no se satisfacen con el triste papel que desempeñan tiempo ha de parodiar los ataques innobles de la jente sin pudor i sin conciencia. El *Ferrocarril* se ha constituido el órgano abonado de sus injurias i el eco destemplado de su implacable zaña. Este diario parece que al bautizarse con el nombre que lleva, previó que andaria tan ligero en su marcha irreligiosa, como una locomotiva arrastrada por el vapor. En esa carrera ha adelantado como ningun otro diario del pais. Merced a su audacia, la sociedad le debe si no un progreso siempre creciente en la difusion de malas doctrinas, al menos un rápido vuelo en la via de las imposturas. Talvez sus escritores tengan poca constancia para ir a la Iglesia, oír misa, escuchar un sermón, confesarse, etc.; pero para mofarse de la piedad i escarnecer al sacerdocio, nadie les ganará en perseve-

rancia. En este sentido se le puede aplicar aquella hermosa frase: *In brevi explevit tempora multa*. Ni el viejo *Mercurio* que debe algunas canas a esa ingrata tarea, ha podido competir con la asombrosa *lijereza* del *Ferrocarril*.

No se crea que exajeramos. A la vista está la persecucion desleal i traidora de ese diario contra el clero. No parece sino que anda a caza de noticias que den pábulo a su prurito de envilecer a los que ha hecho objeto de odiosas imputaciones. No busca motivos que le proporcionen ocasion de saciar su encono, le bastan pretextos; i cuando no encuentra faltas reales en que apoyar sus diatribas, las forja a su antojo para desfogar su bilis i dar libre curso a la malquerencia sistemática que lo anima contra las personas eclesiásticas. No es fácil atinar con la causa de la hidrofobia de este diario. Sin ningun color político ni religioso, o mejor dicho, con todos los colores políticos i religiosos, segun anda el humor de ser pelucon, ministerial, radical, protestante o católico, su esclusiva tendencia parece dirigida a burlarse de la verdad.

La semana pasada no le fué estéril para su táctica favorita. El sensible fallecimien-

tributamos los católicos a los santos, es *idolatría*. Por esto no es extraño que nos llame *idólatras*, porque hemos dicho que a Santo Domingo de Guzman se le adora por todos los católicos del mundo civilizado como a un bienhechor de la humanidad i modelo de heroicas virtudes. ¡Ya se vé! Quien confunde al tribunal de la inquisición con una órden relijiosa, puede muy bien ignorar que la idolatría consiste en dar a ídolos o dioses falsos el supremo culto de *latría* que es debido a solo el Dios verdadero. Estamos ciertos que al decir que se adora a Santo Domingo, todo el mundo, ménos el citado cronista, ha comprendido perfectamente nuestro pensamiento. En el lenguaje teológico, que seguramente no entenderá el citado escritor, se distinguen tres clases de adoracion, que se espresan con estos tres términos técnicos: *latría*, *hiperdulia* i *dulia*. El primero espresa la adoracion que se tributa al Ser Supremo i que no puede tributarse a una pura criatura sin incurrir en la idolatría; el segundo espresa una adoracion inferior que se rinde a la Vírjen Madre de Dios; i el tercero la que se dá a los Santos, inferior a las dos primeras, i de la cual hemos hablado al referirnos a Santo Domingo de Guzman. Hemos querido entrar en estas esplicaciones para que el cronista del *Mercurio* no nos haga cargos inmerecidos, i salga del error en que pueden haberlo hecho caer el olvido del catecismo católico i su continuo contacto con los protestantes, que zonzamente nos acusan de idólatras porque adoramos a los santos con un culto especial esencialmente distinto del que tributamos a Dios.

Antes de concluir este artículo, que va haciéndose mas largo de lo que pensábamos, no omitiremos un incidente curioso que apreciarán nuestros lectores. La *contestacion provocada* del *Mercurio* nos fué anunciada por una carta anónima que se nos dirijió de Valparaiso por el correo. Dicha carta está escrita en mala letra i peor castellano, sin embargo de que su autor se apellida *hombre del progreso*. Las palabras mas corteses con que nos favorece son: *Jesuitas ladrones, infames, miserables i cobardes*. Si el decoro de la prensa i la decencia pública lo permitieran, publicaríamos este *precioso* documento para que se conociese mejor a esos *hombres del progreso* que segun dice el libelo, *nos siguen de cerca i observan nuestros pasos*. El anónimo termina de esta manera: *el Mercurio espera su contestacion para contestar otra vez. En cuanto a mí, les echo un car... porque no valen mas. I suscribe: uno que se c.....* DE USTEDES I DE SU ESCOMULGACION. Es-

las palabras revelan muy claramente que el libelista no es ninguno del pais ni de los paises en que se habla la lengua castellana, de lo que nos congratulamos.

Las amenazas que nos hace el cronista del *Mercurio*, de escribir contra la inquisición, nos han hecho reir. Diga lo que quiera contra el tribunal del santo oficio; publique todos los hechos verdaderos o supuestos que encuentre en los libros de los protestantes o incrédulos, seguro de que se las tendrá con los muertos, pues no resucitará Torquemada ni ninguno de los difuntos inquisidores para desmentirle:

Posesiones diabólicas.

Con este título publicamos en nuestro número anterior un artículo: esclusivamente dirijido a probar la posibilidad de las posesiones diabólicas, con motivo del hecho ruidoso de que ha sido testigo el público en estos últimos días, i que ha dado ocasion a la prensa a ocuparse de esta materia. Apoyamos nuestro juicio en razones irrecusables, por lo que creimos que una verdad tan reconocida por los católicos no seria combatida, ni siquiera puesta en duda. No nos hemos engañado: sin embargo, una correspondencia inserta en el número 21 del *Pais*, suscrita por *Unos ortodoxos*, nos hace volver sobre este asunto, que no carece de importancia; i lo hacemos con tanto mas placer, cuanto vemos en nuestros impugnadores la franqueza i buena fé unida a una moderacion desconocida mucho tiempo há en los escritores del día que abordan cuestiones relijiosas.

Aunque los *ortodoxos* se han abstenido, segun parece, de negar la posibilidad de las posesiones diabólicas, el contesto de su artículo revela no obstante, al través de espresiones significativas, que no estarian distantes de opinar lo contrario que nosotros. Mientras no conozcamos de una manera esplicita su modo de pensar, nos abstenemos tambien de insistir en la defensa de lo que hace el fondo de nuestro citado artículo.

Nuestros impugnadores nos han llamado a otra cuestion que no es mas que accidental, por decirlo así. Se reduce a negar el hecho que asentamos de la posesion diabólica de las monjas de Loudun en 1624. Como su objeto es rectificar un *error grave*, en que dicen hemos incurrido al citar este hecho histórico, es de nuestro deber agradecer su buena intencion, sin perjuicio de sostener el testimonio aducido. No hemos ignorado que hai escritores que lo niegan o por lo ménos lo ponen en duda; pero autores modernos i respetables por sus luces i su juiciosa critica; nos inclinaron a adoptarlo como verdadero. Para comprobarlo nos bastará invocar la autoridad de dos sabios contemporáneos. He aqui lo que sobre el particular dice el ilmo. señor Bouvier en su obra teológica, *Tractatus de Decálogo*.—De possessione et obsessione.

«Las posesiones de las relijiosas de Loudun, atribuidas a Urbano Grandier, orijinario de Bouere, diócesis de Mans, cura de esta ciudad, i condenado el 18 de agosto de 1634 a ser quemado vivo como hechicero, han hecho un gran ruido i han sido juzgadas de diverso modo. Los protestantes, los filósofos i los incrédulos en masa han pretendido que estas posesiones nada tuvieron de reales; que no fueron sino imposturas dirigidas por Laubardemont, oficial de la corte de Luis XIII, por instigacion de Richelieu para perder a Grandier. Otros muchos sostienen que una tal suposicion es absurda; 1.º porque no es posible que Richelieu haya recurrido a semejantes medios para perder a un sacerdote oscuro que no podia hacerle ni bien ni mal; 2.º que suponiendo que hubiese tenido interes en perderlo, no le habrian faltado medios mas simples i mas fáciles que aquel; 3.º que es imposible que tantas personas estimables i temerosas de Dios hubiesen entrado en un complot tan infernal sin que alguna se haya contradicho; 4.º que por lo ménos este abominable manejo no habria continuado despues del cruel suplicio de Grandier, i sin embargo, los exorcismos a

las religiosas continuaren largo tiempo después; 5.º que el padre Surin, hombre piadoso e instruido, enviado a Loudun solo después de la muerte de Grandier, que por sí mismo lo vió todo i ejerció durante mucho tiempo a la Madre Priora, es mas digno de fé que los extranjeros que juzgan solamente segun sus ideas: ahora bien, el dicho padre ha dejado un *Compendio de la verdadera historia de la posesion de Loudun*, que ha sido impreso poco despues, en que detalla i sostiene la verdad de los hechos; 6.º que hombres distinguidos, entre otros M. de Queriolet, consejero en el parlamentode Rennes, milord Montaigu i un jóven abogado, que por curiosidad fueron a ver personalmente los hechos, quedaron tan impresionados, que se convirtieron de la manera mas ridícula.»

El célebre escritor M. Gorres en su obra titulada: *La mística divina, natural i diabólica*, traducida al frances i publicada en Paris en 1855, en el tomo 5.º, cap. 44, refiere la historia de las posesas de Loudun de una manera que nada deja que desear. He aquí un extracto de ese capitulo al cual remitimos a nuestros impugnadores:

«Un hecho semejante (a los que ha referido anteriormente) aconteció casi al mismo tiempo en Loudun, pequeña ciudad situada en los confines de la Touraine, de Poitou i de Anjou. Vivía allí Urbano Grandier, cura de la parroquia de san Pedro i canónigo del cabildo de Santa Cruz. Era uno de esos hombres nacido para dominar, porque a grandes talentos unía una grande enerjia de voluntad, servida ademas por una constitucion robusta i de bellas formas. Era un predicador distinguido i aun en el trato de la sociedad sabia espresarse con agudeza i facilidad; todo su esterior revelaba un espíritu firme i penetrante, de modo que bien pronto llamó la atencion en la pequeña ciudad. Pero sus cualidades no se basaban en un fundamento religioso i moral.... (El autor refiere los crímenes de Grandier.) Queriendo justificar a sí mismo su libertinaje, escribió contra el celibato un tratado que se encontró entre sus papeles con un gran número de poesias obscenas... Acusado ante el Obispo de Poitiers, fué preso i por una sentencia de la Curia eclesiástica de 3 de enero de 1630, quedó suspenso por cinco años en la diócesis i para siempre en la ciudad de Loudun. Grandier interpuso apelacion ante el Arzobispo de Bordeaux, que le declaró inocente, aconsejándole, sin embargo, que permutase sus beneficios; pero él, al contrario, hizo su entrada en Loudun llevando en la mano un ramo de laurel. Hizo valer hasta el último rigor el derecho que acababa de recuperar, procuró vengarse de sus enemigos por un desprecio insultante, i se comprometió en una multitud de querellas i procesos. Llegó a ser el tirano del lugar, el terror de los débiles i un objeto de odio para los fuertes. Mientras que los católicos se alejaban de él i que muchos ni aun querian ir a la iglesia de la cual era cura, los Hugonotes se habian puesto de su parte. Loudun habia sido en las primeras guerras una plaza fuerte para los calvinistas, i muchos de éstos que permanecian entónces allí, juzgaban, no sin motivo, que Grandier era uno de los suyos en el fondo de su alma, i que el temor solo de perder sus beneficios le impedia pasarse abiertamente a ellos.»

«Habia en Loudun desde 1626 un convento de Ursulinas donde vivian catorce jóvenes, todas de buenas familias, nobles o de la clase media, de una vida irreprochable, las que bajo la conducta de un director sostenian un pensionado a fin de ganar su subsistencia. Habiendo muerto el director, Grandier fué propuesto para sucederle: la superiora lo rehusó i la comunidad eligió en su lugar a M. Mignon uno de sus adversarios. El monasterio habia sido ya de algun tiempo atrás inquietado por ciertos ruidos nocturnos que sus enemigos habian atribuido a caprichos de algunas religiosas; pero bien pronto comenzaron a producirse fenómenos serios que se creyó al principio ser los síntomas de cierta enfermedad i que se procuró ocultar. Estos fenómenos siempre en aumento llegaron a ser ménos equívocos, i fué menester ocurrir a los socorros de los médicos i de los exorcistas. Háblase de ellos en la ciudad, i muy pronto se descubrió la verdad. Catorce religiosas se encontraban posesas. Como los padres retirasen sus hijas, la necesidad i la miseria se hicieron sentir muy pronto en el convento, i las pobres hermanas pasaron por locas en la estimacion de unos i en la

de otros por mujeres abandonadas de Dios. El sello que cubre a nuestra vista el mundo de las tinieblas se habia roto para ellas, i la primera cosa que allí percibieron fué aquel iman misterioso acia el cual la ciudad entera parecia convertirse desde largo tiempo por el amor o por el odio.... Se dió fé a sus palabras cuando se vió que, apesar de su pobreza, permanecian irreprochables cumpliendo con celo todos los deberes de su estado. En los exorcismos los espíritus confesaron unánimemente que era Grandier quien los retenia en los cuerpos de estas mujeres. Toda la ciudad tomó partido en su favor o en su contra; pero Gradier i sus partidarios no quedaron ociosos, de modo que muy pronto una grande fermentacion ajitó la ciudad entera. Laubardemont, consejero del Rei que habia venido a Loudun para ejecutar allí la resolucion tomada de arrazar todas las fortalezas del interior, encontró la ciudad comovida, i su comision no hizo otra cosa que ajitarla todavia mas. A su vuelta hizo relacion de ello al Rei Luis XIII, quien le encargó elijese de entre los tribunales inmediatos trece jueces de los mas probos i mas hábiles, i determinase con ellos el negocio sin apelacion.

«La órden fué ejecutada i Grandier puesto provisoriamente en prision. El juicio sumario tomó desde luego un jiro que inquietó a Grandier i pudo preverse que le sería desfavorable. Aunque sus partidarios habian vituperado la sentencia que lo condenó, jamás, sin embargo, sospecharon de la rectitud de los trece jueces, a quienes solo acusaron de una excesiva credulidad. Verdad es que este reproche no era sin fundamento; pero en otro sentido del que aquellos pretendian. El comisario Laubardemont empezó por oír las deposiciones de los testigos, comprendiendo en ellos a los que se habia querido atemorizar para impedirles el que dieran su declaracion. Las posesas fueron colocadas en casas separadas i preguntadas en sus momentos de calma. En cuanto a las palabras que éstas decian durante los paratismos, que no cesaba de provocar el exorcismo hecho por el Obispo de Poitiers en persona, no se hacia caso mas que como de simples indicaciones. Se investigó minuciosamente toda su vida, i jamás se halló una sola contradiccion en las declaraciones de veinte personas oídas a este efecto. El exorcismo, continuado durante dos meses i medio, habia demostrado hasta la evidencia que las religiosas estaban verdaderamente en un estado de obsesion. M. de Launay de Sazilly, que habia morado largo tiempo en América, certificó que las habia hablado en el idioma de muchas tribus de aquel pais a que contestaron ellas perfectamente, descubriéndole aun muchas cosas que sucedian en aquellas rejiones. Muchos gentil-hombres de Normandía declararon que habian dirijido a la hermana Clara de Sazilly preguntas en turco, en español i en italiano, i que habia contestado de una manera satisfactoria. M. de Nimes, doctor de la Sorbona, uno de los capellanes del cardenal de Lyon, hizo sus preguntas en alemán i en griego: el Padre Viquier, superior de los oratorianos, habló en griego durante tres horas, i ambos quedaron satisfechos de las respuestas. El Obispo de Nimes mandó en griego a la hermana Clara quitarse el velo i bajar la reja; ella obedeció e hizo aun muchas otras cosas, de suerte que el Obispo decia: «Es menester ser loco o ateo para negar la posesion.» Los médicos la preguntaron tambien en griego, en términos científicos, que no podian comprender sino los hombres del arte, i obtuvieron respuestas perfectamente claras. Las posesas ejecutaban órdenes que no se les habian dado sino mentalmente. El Prior de Maillezais dijo al oido del canónigo Ferraizon que queria que la hermana Clara tomase el misal, que estaba en la reja, i pudiese el dedo sobre estas palabras: *Salve, sancta parens*, por donde empieza la misa de la Santísima Virgen. El exorcista, M. de Morans, que nada habia oido de estas palabras, ordenó a la hermana que se conformase con la intencion del Prior. Ella cayó en violentas convulsiones. Blasfemó, llamó por su nombre al Prior, a quien no conocia, i tomó el misal diciendo: «yo voi a orar;» i, volviendo los ojos puso el dedo sobre la grande S, al principio de esta misa. Una acta se levantó sobre este hecho.»

«Como M. de Millieres orase de rodillas durante el exorcismo de la hermana Clara, ésta le preguntó si decia un *De profundis* por su mujer; i en efecto era lo que hacia. El Marques de La Mothe aseguró que la

hermana Luisa de Nogarez le había descubierto el estado de su conciencia. El Padre Surin, cuya veracidad jamás ha sido contradicha ni por los adversarios mas encarnizados, certificó que la hermana Juana, la superiora, le descubrió un sin número de veces las cosas mas secretas, i que un sacerdote de su orden hizo mentalmente al demonio un mandato que al punto revocó tambien mentalmente i así hasta siete veces, i que entonces gritó al demonio: *Obediát ad mentem*. Su poseida repitió el primer mandato, i dijo en seguida: «Pero V. no lo quiere.» i continuó así con las otras cinco, hasta que llegando a la 7.^a dijo: «Hagamos esto, pues allí es donde él se ha detenido.» Estas mujeres admiraban por sus respuestas a las preguntas teológicas mas difíciles sobre la gracia, la vision de Dios, los Angeles i la Encarnacion; todo esto en los términos de la Escuela. Veían en lo remoto i hasta en el fondo mas íntimo de las almas; i mientras que la Superiora Juana descubría al Padre Surin los secretos de las personas que él había dirigido durante su mansión en Marennes, en Saintonge, Kerieles, Consejero en el Parlamento de Bretaña, hizo de esta facultad una experiencia decisiva para su vida. Este hombre sin fé ni religion estaba sumergido en todos los vicios, Llevaba el ateísmo a tal punto que cuando amenazaba una tempestad, dirigía contra ella la boca de sus pistolas; i un día que un rayo cayó en su cámara, rodeado de llamas, blasfemaba i se burlaba mientras que todos sus domésticos pedían misericordia. No tenía mas que un pensamiento: hacer el mal i hacer mas mal que ningún otro. Una vez había tenido la intencion de pasar a Turquía para hacerse Mahometano a fin de saciar su odio contra los cristianos. Como toda su aplicacion era al crimen, vino a Loudun para encontrar ocasion de satisfacerla. Apenas podia encontrarse, dice el Padre Surin un hombre mas criminal i en un estado mas desesperado. Tan Luego como llegó a Loudun se burló mucho de las religiosas, tratándolas a todas de locas; pero Dios que sabe conducir las cosas a su fin, salvó a este esclavo de Satanás por Satanás mismo. Desde el primer exorcismo que presencié, las posesas le descubrieron sus secretos mas ocultos, que ningún otro que él mismo podia saber, lo que le produjo una grande sorpresa. Volvió por segunda vez i quedó tan tocado i trastornado, que hizo una penitencia terrible i llevó en adelante una vida santa. Los espíritus confesaron que la Santísima Virgen lo había arrancado de sus manos. Vendió su empleo, se hizo sacerdote i cambió su casa en un hospital.

«Mas de cincuenta médicos certificaron sucesivamente en actas auténticas, que las cosas que las posesas ejecutaban con sus cuerpos, sobrepujaban toda la fuerza de la naturaleza. Al mandato de los exorcistas caían en convulsiones las mas violentas, sin alteracion alguna del pulso. El rostro aparecía espantoso: la lengua les salía de la boca, negra, gruesa; dura i cubierta de pústulas; sin que esto les impidiese hablar. Se apoyaban sobre el vientre, se tomaban las plantas de los pies con las manos, o doblaban la cabeza hasta el talon, i corrían así con una agilidad sorprendente. No dormían jamás, i pasaban muchas veces cinco o seis horas sin tomar nada i sin que su salud sufriese por estas privaciones; al contrario, las mas débiles parecían adquirir mas fortaleza. De repente se adormecían i se oía entonces en Francisca Filastreau voces que se querellaban, como para disputarse quién hablaría la primera. Muchas veces se vió a Isabel Blanchard en sus convulsiones tenerse en una silla o en una ventana sin apoyo, en alto i la cabeza en bajo: La superiora fué levantada una vez dos pies de alto sobre la tierra. Estendidas a lo largo eran a veces elevadas como columnas sin el menor movimiento de su parte. Muchas veces quedaban flexibles como el estaño, de modo que tomaban i guardaban todas las formas que se les quería dar.....

«El 9 de mayo de 1636, el príncipe, hermano del Rei, vino a Loudun con el objeto de ver estos fenómenos que hacían tanto ruido en toda la Francia. Al día siguiente se trasladó a la Iglesia de Santa Ursula, donde Isabel Blanchard debía recibir la comunión. Estaba esta poseida por seis demonios de los cuales uno, llamado Astaroth, se conmovió al instante, i conjurado por los exorcistas la lanzó en tales convulsiones, que se arrastró rodando i agitándose hasta los pies del sacerdote, quien le puso la santa hostia en los labios, pro-

hibiendo a los demonios el profanarla. Inmediatamente la posesa fué tirada por tierra, vuelta i revuelta tres veces, de modo que tocaba el suelo con la punta de la nariz, como si quisiese frotar contra él la hostia, no distando mas que el grueso de una hoja de papel; pero el exorcista le impidió ejecutar su designio: el demonio levantó a la religiosa i sopló la hostia, que se apercibió sobre sus labios entre los que oscilaba como una hoja al soplo del viento. El exorcista mandó a Belzebú que se mostrase en el rostro de la hermana; infló a esta el cuello de una manera prodijiosa, quedando duro i agitado por un movimiento semejante al del pulso. Cada demonio fué conjurado uno despues de otro i recibió orden de hacerse visible: cada uno obedeció desfigurando horriblemente el semblante de la pobre hermana. Astaroth, entre otros, produjo bajo el sobaco izquierdo una gruesa úlcera con grande asombro del médico del Príncipe. Arrojado de allí por el exorcista, él se manifestó en la cara e hizo caer la hostia sobre la patena, donde se encontró perfectamente seca. Los labios de la posesa estaban en efecto tan secos, que se desprendían de ellos como unas escamas, i la piel parecía blanca. El exorcista le enjugó los dientes con un pedazo de lienzo, i llevó la hostia a uno de los de la parte superior, donde aquella quedó mucho tiempo suspendida, sin embargo, de que no tocaba sino con una parte de su circunferencia, apesar de las convulsiones violentas del cuerpo i de que el espíritu soplabla violentamente encima; entonces se le ordenó que consumiese las santas especies, lo que hizo al momento. El exorcista suplicó al médico que examinase la boca de la religiosa para ver si aun estaba allí la hostia; este lo hizo pasando sus dedos en el interior de la boca, a lo largo de las encías i hasta la garganta, convenciéndose así de que la hostia no existía allí. Diose a beber agua a la hermana, despues de lo cual aun se le registró la boca. En seguida el exorcista, mandó a Astaroth, que volviése la hostia, ésta reapareció al instante en la punta de la lengua: esta prueba se repitió dos veces. El Príncipe fué testigo de la mayor parte de estos fenómenos, que certificó por un testimonio auténtico dado en 11 de mayo de 1636, que comienza por estas palabras: «Nos Gaston, hijo de Francia, duque de Orleans, certificamos, etc.»

«Los jueces no podían desconocer la posesion. Ellos procedieron con toda la gravedad que requeria este negocio, i estudiaron durante 40 días el sumario. Grandier fué careado con los testigos, quienesunánimemente confirmaron sus deposiciones. Por su parte Grandier negó todo, diciendo que los hechos que se le imputaban eran mentiras o falsas imaginaciones, pues que jamás se había ocupado de la májia. Mostró en estas circunstancias la firmeza de su carácter, su sangre fria, su presencia de espíritu i su prudencia. Como negaba la posesion de las religiosas, se le encargó que las exorcisase él mismo. El Obispo de Poitiers le dió para ello la autorizacion. Grandier tomó la estola: las posesas fueron conducidas al coro de la Iglesia, i entonces empezó una escena espantosa. Exorcizó primero en latin a la hermana Catalina, la mas ignorante. Todas las otras fueron acometidas al momento de un acceso i comenzaron a gritar i abullar. La hermana Clara gritando mas alto que todas ellas se arrojó sobre Grandier: este se alejó de ella i despues se puso a su lado; pero la hermana sin atender a él decía cosas que ni parecían racionales ni consecuentes. La superiora llegó, i Grandier le dirigió la palabra en griego porque ella no comprendía el latin. «Eres un malvado, le respondió, tu sabes bien que la primera condicion del pacto es no hablar en griego.» Grandier le replicó: «*O pulchra illusio; egriegia evasio!*» Se le dijo que podía conjurarlas en griego, con tal que escribiese antes lo que tenía intencion de decirles. Pero las posesas se enfurecieron de nuevo, cayeron en convulsiones, lo acusaron de májia i se ofrecieron a ahogarlo si se les quería permitir; lo que, como debe suponerse, impidieron los exorcistas. Grandier permaneció tranquilo en medio de este tumulto, miró a las posesas con firmeza, protestó su inocencia, i pidió que se permitiese a los demonios que le rompiesen el cuello o le dejasen solamente una señal, si en realidad era culpable, diciendo que ninguna de las posesas se atrevería a tocarlo. Los exorcistas apasiguaron de nuevo su furor; se mandó traer un brasero lleno de carbones encendidos para quemar cuatro mandatos de Grandier que habían sido enviados por

las posesas. Pero entónces se renovó la escena precedente con mas violencia todavía; el desórden subió a su colmo, los gritos fueron tan hirientes, las aptitudes tan terribles que a no ser por la santidad del lugar, se habria creído estar en un pleno conventículo. Grandier solo quedó inalterable, sin mostrar algun asombro, a pesar de que las religiosas le reprochaban sus crímenes, que él negó de nuevo, renunciando a Satanás i protestando que, apesar de éste era todavía cristiano i sacerdote, i cantando himnos con el pueblo que estaba presente. El furor contra él subió de tiempo en tiempo a tal grado, que habria sido despedazado si los asistentes no lo hubieran sacado de la iglesia. Costó gran trabajo calmar a las religiosas.

«Los jueces condenaron unánimemente a Urbano Grandier como culpable de majía. No iungian tribunal, pronunciaria tal juicio en circunstancias semejantes. Sin embargo, no se puede rechazar el testimonio del relator, que asegura que los jueces despues de la sentencia sintieron su conciencia perfectamente tranquila.» El autor refiere el suplicio de Grandier i continúa así: «Los contemporáneos no calificaron de injusta la sentencia de los jueces; cincuenta años despues solamente, cuando todos, jueces i testigos habian muerto, Aubin, protestante emigrado, escribió su libro en que presentaba a Grandier como una víctima de Richelieu, pretendiendo que aquel habia trabajado una sátira contra el poderoso cardinal. Pintaba a Laubardemont como instrumento de éste, a Mignon i a Barré como infames truhanes, que habian arrastrado a las religiosas a su culpable designio, de complicidad con el Obispo Poitiers i todos los que habian tomado parte en este negocio. Todos los demas, el principe i los jueces a su cabeza no eran mas que espíritus débiles i crédulos; aseguraba esto con un aplomo imperturbable, sin ningun estudio de los hechos i apoyado en razonamientos plausibles; este es el juicio que ha servido al de la posteridad frívola i racionalista que ha venido despues.

«Por lo demas, la muerte de Grandier no habia puesto fin a las obsesiones en el convento; las que continuaron todavía hasta mucho tiempo despues.»

El autor refiere en seguida otros fenómenos estraordinarios, observados en los exorcistas de las religiosas, que amenazados por los demonios sufrieron despues en sí mismos los efectos mas espantosos de la posesion diabólica. Copia un extracto de una carta del padre Surin, uno de ellos, escrita al padre Datischi con fecha 3 de mayo de 1635, en que le relata sus padecimientos, la que termina del modo siguiente:

«Yo estoy en poder de dos demonios, de los cuales uno es Léviathan, el contradietor del Espiritu Santo, i las operaciones de este falso Paracleto son totalmente opuestas a las del verdadero: ellas producen un dolor indefinible. El es el jefe de la banda de todos los demonios que obran aquí cosas tan estraordinarias; tenemos al mismo tiempo el paraíso i el infierno, i nuestras religiosas son en un sentido verdaderas Ursulas, i en otro peores que las mujeres mas abisinadas en la orjía i la blasfemia.»

«Esta confesion notable de un hombre que jamas habria consentido en pronunciar una mentira, es digna de atencion i muy instructiva bajo todos respectos. El nos hace conocer en primer lugar ese estado de division del yo indivisible en el hombre, el cual en su parte superior continúa su marcha a la luz de la gracia, mientras que la parte inferior, abismada por decirlo así en el cuerpo, permanece en la oscuridad del principio tenebroso, queriendo i haciendo lo contrario de lo que quiere la primera, que no obstante la reconoce siempre como su otro yo. En segundo lugar, este testimonio confirma de un modo luminoso la realidad de la posesion de las religiosas de Loudun. El padre Surin permaneció así durante doce años bajo el imperio de los demonios; i un día, en uno de sus accesos, se arrojó de la ventana de una casa de su Orden i se rompió una pierna. Todo lo que le aconteció, como tambien lo que sucedió a los otros exorcistas, nos muestra los peligros que trae consigo la práctica de los exorcismos. En cuanto al protestante Aubin, cuanto vió en este negocio, se reduce a que el demonio estando pintado sobre el muro del convento, las religiosas habian tomado esta imagen por una realidad.»

Si los Ortodoxos que nos han impugnado no dan crédito a estos testimonios tan respetables, no insisti-

remos mas sobre un hecho cuya falsedad o autenticidad no hace al fondo de la cuestion. Nos parece que probando la posibilidad de la posesiones diabólicas, no hemos desdificado al publico, ni ahora cometemos esta falta defendiendo la verdad del hecho negado. Si un desgraciado sacerdote aparece culpable, la historia nos vindica de toda tacha, cuando nos hemos permitido citar i demostrar un suceso tan ruidoso como el de la posesion de las monjas de Loudun. Por lo demas, que Richelieu i Laubardemont hayan sido unos malhechores, no nos toca decidirlo, ni esto probaria que hemos querido poner a N. S. Jesucristo entre malvados.

En cuanto a la cita del diccionario de Bouillet, cuya autoridad se alega, reconocemos su exactitud; pero lo que dice este escritor no destruye el hecho de la posesion de que hemos hablado; cuando mas probará que Grandier no fué hechicero, i que la sentencia de su muerte fué obra de una maquinacion de sus enemigos; pero no es lógico deducir de aquí que las religiosas de Loudun i tanto número de personas sensatas, que observaron los fenómenos de que se ha hecho mérito, hubiesen sido por mucho tiempo víctimas de una supercheria.

CORRESPONDENCIA.

SS. EE. de la Revista Católica.

Santo Domingo de Guzman.

No hemos podido leer sin indignacion los dos artículos publicados en el *Mercurio* de Valparaiso en que se insulta a tan glorioso santo, cometiendo el delito de *blasfemia*, i ademas un abuso de lei de imprenta. ¿Puede acaso el testimonio de dos, ni de veinte historiadores protestantes, o de malos católicos, si los hubiera, ser bastante para echar por tierra el testimonio de docientos millones de católicos, ni de tantos Papas, Obispos i Santos, que siempre han venerado i veneran a Santo Domingo, como ejemplar de todas las virtudes, i fundador de la célebre órden de Predicadores, que se ha estendido, i subsistió por mas de seis siglos, en todas las naciones cristianas?

El cronista ha entendido mal, lo que dice sobre esto el célebre Padre Lacordaire. Hé aquí un párrafo de la «Refutacion de un notable error histórico, o vindicacion de la nota de inquisidores con que se ha pretendido denigrar a los Dominicos i a su santo Patriarca,» escrita por el Padre Lacordaire.

«Se acusa a Santo Domingo, dice, de haber sido el inventor de este tribunal. Se acusa a los dominicos de haber sido sus promotores i principales instrumentos; se les hace particularmente responsables de los excesos de la inquisicion española.

«Ahora, Santo Domingo no fue el inventor de la inquisicion, ni hizo jamas acto alguno de inquisidor.»

«Los dominicos no han sido promotores ni los principales instrumentos de la inquisicion.»

Sigue dando las pruebas, haciendo ver cual fue el orijen de la inquisicion, i el abuso que despues se hizo de ella por los Reyes como arma política para sostener su tiranía; mas no pudiendo nosotros copiar íntegra dicha obra, remitimos a ella al lector.

Tenemos a la vista otro autor, no menos respetable, que dice así: «Este nombre de inquisicion recuerda una gran iniquidad que se ha querido imputar a la iglesia católica; pero nos apresuramos a declarar que Santo Domingo no tuvo en ella la mas mínima parte, i que no se propuso instituir una órden con la mision, no de imponer la fé, sino de asegurar la libertad de ella, (1) i abordamos este doloroso asunto.... César

(1) Las cortes de España de 1812 declararon en su dictámen sobre la inquisicion, que Santo Domingo no opuso a